

He reunido valor y me he puesto a escribir. No para hablar de princesas y dragones, ni mundos mágicos. No para describir realidades idílicas donde todos son felices. Sino para contar mi historia, con todas sus crueldades y dificultades, con sus momentos buenos, pero también los malos, y los peores. Mi historia, (o lo que recuerdo de ella), comienza en el instituto.

Contra el año 2026, un chico flaco y peculiar caminaba por la calle acompañado de su mochila negra "Vans" y sus viejos zapatos "Gorrila" que remataban el uniforme escolar. Cada mañana salía de casa intentando no hacer ruido para no despertar a su madre. Desde que conoció a Miguel, su madre salía todos los días por la noche y dormía por el día. Su comportamiento cambió, se volvió más agresiva probablemente a causa del "cubata letal": 70% alcohol y 30% malos tratos. Su padre los había abandonado cuando nació el niño. Había prometido quedarse con ellos siempre y ayudarles en todo lo necesario, pero ante la mínima oportunidad salió por patas sin volver la vista atrás. El chico lo conocía como: "el gilipollas de tu padre" o "el subnormal que salió huyendo...", despectivos que su madre utilizaba siempre que tenía ocasión.

En el instituto no tenía amigos cercanos, tampoco se llevaba mal con nadie, simplemente no le gustaba hablar con la gente. En los recreos solía excusarse en el baño y quedarse mirando un punto fijo en la pared, pensando en sus cosas. Al llegar a casa tampoco hacía gran cosa. Casi nunca estudiaba. Al fin y al cabo, no tenía una figura que le enseñase a ser responsable. Solía encerrarse en su cuarto y contemplar la llama de un viejo mechero "Clipper" que guardaba en el cajón. Le encantaba ver el fuego arder hasta extinguirse en sus manos. Algunas veces se quemaba a sí mismo, le daba satisfacción y le relajaba. En algunas ocasiones se hacía pequeñas quemaduras, pero en otras acababa con grandes erosiones en los brazos o piernas. Siempre llevaba manga larga para ocultar su horrible afición.

Por las noches salía a la cocina y cenaba con su madre. Eran las últimas dos horas del día que se veían. Normalmente la madre preparaba la cena para los dos y comenzaba a criticar lo malo de su situación y de la vida en general. Algunas veces según hablaba se enfadaba más y más y acababa gritando al pobre chico. "Ahora, encima, tengo que pagar la factura de tu instituto de mierda. Al final me vas a costar más que la casa." "Si es que no debería haberte tenido nunca." "Tú tienes la culpa de todo: tu padre se fue por tu culpa." "No pero de gastar dinero en ti... normal que vivamos como vivimos." En estas ocasiones el joven se retiraba a su cuarto sin mediar palabra y lloraba en silencio. Su madre nunca iba a disculparse, se quedaba en la cocina bebiendo copa tras copa del vino más barato que había en el "Moradón".

Ese joven, triste y solitario, era yo; Daniel Pérez. Pasaba muchas noches llorando sobre la almohada hasta que caía dormido, con una mezcla de tristeza y enfado que peleaban por salir de mi cuerpo a borbotones. Lloraba si hacían ruido, no quería que supiesen que era débil, que todo lo que decían los demás me afectaba. A base de ocultar mis emociones me fui volviendo cada vez más serio, escondiéndome tras una coraza de falsa tranquilidad. Sentía dentro de mi cabeza voces que me hablaban de las peores cosas y solo encontraba consuelo en la llaman de mi abuelo.

Uno de los días dentro de esta oscura rutina algo cambió. Decidí intentar hablar con la gente, abrirme al mundo. Entre clase y clase disponíamos de un breve descanso para despejarnos, en el cual mis compañeros hablaban sin parar de lo duro que estaba siendo 4º de la ESO o criticaban a alguno de los profesores... Yo solía quedarme sentado en mi sitio, sin hablar con nadie. Aquel viernes me acerqué a un compañero de clase, Álvaro, que, aunque no sabía ni como era su apellido, probablemente fuese con el que más había hablado de todos. Recuerdo que estaban hablando mal del profesor de matemáticas y yo dije que se parecía a Nobita Nobi, con sus gafas circulares y el jersey amarillo, lo que acarreó risas entre el resto de mis compañeros que me miraban entre extrañados y divertidos. Después, cambiaron de tema, y comenzaron a hablar del plan de aquella noche. Habían organizado un botellón y estaban reuniendo los últimos detalles: quien compraría el alcohol y como, quien traería hielo y vasos... Al ver que seguía ahí escuchando la conversación, y más bien por pura que otra cosa, Álvaro me dijo "Oye Daniel, si quieres venir, puedes, hemos quedado en el parque de enfrente a las ocho". El resto lo miraron sorprendidos, supongo que pensaban "¿cómo iban a invitarme a mí?".

La verdad es que no pensaba ir a ese botellón. Me iba a salir solo e insomnio. Mi opinión fue distinta cuando llegué a casa. La puerta estaba entreabierta yapestaba a whiskey barato y tabaco en el descansillo. Al entrar vi a mi madre borracha como un cubo, fumbando en el sillón, mientras Miguel hablaba sin soltar la botella de whiskey. Corrí hasta mi cuarto y di un portazo.

- ¡Daniel Pérez! ¡Vive a salvar, no seas maleducado!". Le último que me apetecía era estar con el irrespetable Miguel y sus 30 litros de alcohol en sangre, así que no contesté. - ¡Basta de ahí ahora mismo! - repitió iracunda. Decidí no saber lo que acarreó unos fuertes golpes en mi puerta. Finalmente abrí y me encontré con un dragón a punto de escupir su cálido aliento sobre mí, con un volcán erupcionando en la sien y los ojos abiertos como dos platos. - Me dicho que saludes - me agarró del cuello y me arrastró hasta el salón, donde se encontraba Miguel.

- No-, hola - dije por lo bajo, cosa que mi madre no se tomó muy bien, lo que demostró dándome una fuerte colleja. Includé más alto, intentando sonar amable, aunque por dentro tenía un meteorito de ira a punto de impactar contra la cara de aquel subnormal, o contra la mía propia.

-Eso está mejor - dijo mi madre, a lo que yo respondí con un gruñido y me fui.

Quería salir de esa casa, abandonarla e irme muy lejos, donde no pudieran encontrarme. Quería dejar de oír los gritos de mi madre y huir, al igual que hizo mi padre. Me di una ducha, me puse algo de ropa limpia, cogí mi cartera y mi mechero y me fui de casa. Deambulé, perdido, por las calles de Madrid, mientras mi cabeza flotaba entre ideas desagradables y grotescas. Me sentía enfadado pero a la vez aturdido y solo. Una lágrima solitaria resbalaba silenciosamente por mi mejilla.

Recordé lo que había dicho Álvaro. Aquel botellón, quizá no era el sitio donde me apetecía estar, pero seguramente fuese mejor que el infierno que escondían las cuatro paredes de mi casa. Cambié el rumbo de mis pasos hacia el viejo chino que había cerca del colegio, todo el mundo decía que ahí cualquiera podía comprar alcohol, aunque fuese menor. Confirmé el rumor comprando un pack de cervezas y me dirigí al parque que había frente al colegio. Todavía tenía una media hora hasta la quedada, así que me tomé una de las cervezas en un banco, solo. Me sentía como un "yanki" que bebía por pura desdicha o aburrimiento, por un momento imaginé que ese sería mi futuro a partir de ahora, ser un borracho solitario que buscaba la solución de sus problemas en el fondo de una lata de whiskey.

Llegó la hora del botellón y desde la distancia observé como iban llegando el resto de los compañeros de mi curso. Pusieron un altavoz pequeño, que no proyectaba mucho la música, pero hacía el apuro y sacaron de unas cuantas bolsas del chino, botellas de alcohol, de metala y lides. Me acerqué tímidamente y saludé a Álvaro.

-Ey, Daniel, ¿qué tal tío? Escucha parte algo de beber si quieres, ahí está todo - contestó.
Me alejé para servirme una copa y escuché que hablaban de mí. "¿Por qué lo has invitado?" "No sé, me dio pena". Me alejé y me senté en una solitaria vaca. Con que estaba ahí por pura pena - bien, ya no quedaba nadie que me valorase en el mundo. Los gritos de mi madre aún resonaban en mi cabeza "Tu tienes la culpa de todo" decía una voz demoníaca. Un fracaso con los estudios, sin amigos y sin apenas padres. Me sentí fatal - solo, sin nadie a quien poder mirar a la cara de igual a igual. Era un despojo social, en la pirámide social estaban las ratas de las cloacas y, por debajo, yo. Un simple marginado solitario que nadie quería. Saqué mi mechero y contemplé la flama. Mi mente empezó a delirar: el mechero, los gritos de mi madre, la música, las visas. El mechero, los gritos, la música, las visas. Se me estaba hinchando cada vez más la sien. Me dolía la cabeza. Las visas, la música, los gritos, el mechero. Estaba solo, no había nada que pudiese hacer. La música, los gritos, el mechero, las visas. ¿Y si saltaba de un puente? total, nadie me echaba en falta. Los gritos, el mechero.

-¿Me das fuego? - una voz angelical interrumpió mi delirio de golpe.

-¿Qué? -

-Que sí me das fuego - repetió. Levanté la mirada, hasta ahora fija en la dura piedra que usaba de asiento. Elena se postraba ante mis ojos como un ángel descendido del cielo. Elena era, según mi criterio, la chica más guapa de todo el instituto. Me recordaba al título de una pieza de Debussy: "La fille aux cheveux de lin", la chica del cabello rubio. A juego con su pelo creado por el mismísimo Apolo, combinaban unos ojos claros, casi cristalinos, y venataba una sonrisa capaz de derrotar a cualquier hombre con un solo gesto.

Encendí su cigarrillo.

-La vida es una puta mierda a veces - dijo sentándose a mi lado. Fumaba con gracia un cigarrillo "Camel" y expulsaba lentamente el humo, como tratando que se mantuviese en el aire. - Mi abuelo siempre decía: "El dolor es inevitable, pero el sufrimiento es opcional". Por mucho que la vida nos dé donde duele, hay que saber levantarse y seguir adelante. - Sacó su cajetilla de tabaco. - ¿Quieres uno? - Lo rechazé con un gesto. Siguió con la conversación. - Además, si uno no es feliz ahora, será porque en algún momento llegará la felicidad. Aunque para eso hay que buscarla, si te quedas callado, ante los problemas nunca encontrarás la solución. - Sonrió mirándome fijamente.

Hay que ver... era tan guapa y a la vez tan inteligente, y hablaba tan bien... Hizo que algo dentro de mí cambiase, se activó un engranaje que llevaba mucho tiempo oxidado y, como por arte de magia mis labios esbozaron una sonrisa.

-En fin... cambiando de tema, has visto la tarea que ha subido Gustavo al "Teams" de matemáticas, ¿es exorno! - dijo poniendo los ojos en blanco en señal de desesperación.

-Es increíble, es más grande que este parque - contesté. Ella soltó una carcajada. Los cantos de las sirenas no eran nada comparados con su risa. Tenía un sonido capaz de perder al mejor marinero en altamar.

Aparó la cabeza en mi hombro y sentí recorriéndome por dentro una sensación cálida que me provocó un cosquilleo. Ese momento fue, la primera de muchas veces en las que, bajo la luz de la luna, en un parque de Madrid, fui feliz. Elena me hacía olvidar todos mis problemas y vivir el presente, el aquí y ahora. Me sentía libre, como si mi alma traspasase lo material y entrase en otro mundo: un mundo donde no existieran las familias rotas y desagradables ni la soledad, ni los gritos e insultos. Un mundo donde cada ser humano disfrutaba de su felicidad en paz, sin ser alterado por nadie.

- Vamos a ir a cenar algo, ¿vienes Elena? Vente tú también Dani - preguntó Álvaro acercándose. Esta vez no me sentí incómodo, ni solo, estaba feliz. El nuevo yo encontró en ese grupo de gente nuevos amigos. Esas personas que había visto tantas veces por los pasillos del instituto, casi sin dirigirse la palabra, se convirtieron en un grupo más cercano.

En los días próximos al botellón quedé con ellos un par de veces más, aunque no tuve mucho tiempo porque tenía otro objetivo en mente: hacer feliz a mi madre. Tras varios intentos fallidos conseguí que mi madre dejase a Miguel y, lo más importante, la bebida. Aunque tuvo alguna recaída puntual, ya lleva más de dos años sobria y es una persona completamente distinta, desprende una luz hipnotizante que no tenía antes.

Antoine Lavoisier descubrió que la energía ni se crea ni se destruye, sino que se transforma. La felicidad es una energía, que podemos transformar y aportar a las personas: al igual que Elena me la dio a mí. Por eso, querido lector, quiero pedirte un favor. Si eres del 75% del mundo que se considera feliz, te pide que ayudes a aquellos más vulnerables, que se sienten solos y desamparados en medio de la nube gris en la que se puede convertir nuestro mundo. Enséñales a alcanzar la felicidad, dales motivos para querer vivir, y así el mundo será un 100% feliz.

Si, por mala fortuna, eres del otro grupo, debes seguir adelante y mantenerte fuerte. Busca la felicidad en las pequeñas cosas, en esos detalles que nos hacen humanos y la encontrarás. Recuerda, la suerte te está buscando... solo tienes que dejar que te encuentre.